

## **MATONEO EN LA ESCUELA**

*Sonia Mejía de Camargo \**

En diversas ocasiones hemos podido ver cómo el clima que se vive en las escuelas genera actitudes en los estudiantes. Allí mismo, las diferentes circunstancias de las personas que viven en las escuelas se cruzan, a veces aplastando a los otros para sobrevivir en el mundo donde, la competencia es el factor determinante. Competencia de todo orden, intelectual, social, física, de poder, de ambiciones, de envidias y de amores.

La escuela es un hervidero de emociones, de encuentros y de reconocimientos, de conocimientos, de aceptación y de rechazo. Es allí donde muchos encuentran el espacio para construir su mundo social y es allí donde no sólo se adquieren los conocimientos que señala el currículo sino que además se construyen muchas de las esperanzas, los afectos, las oportunidades y los fracasos importantes de la vida.

He desarrollado varios procesos de trabajo con jóvenes y niños. La escuela es un laboratorio de estudio de la gente que la compone: los alumnos, los maestros, los directivos, la administración, los padres y en ellos el reflejo de la comunidad a la que pertenecen. ¿Qué me ha llevado a buscar respuestas a un fenómeno creciente de violencia entre los alumnos? ¿Qué es lo que esperamos encontrar en el futuro para prevenir los brotes que hoy se dan y para detener la violencia que vivimos?

El “matoneo” siempre ha existido. Todos recordamos lo que hemos leído, lo que vivimos o lo que alguien nos relató sobre los muchachos que chantajeaban, golpeaban, quitaban las meriendas a los más pequeños o golpeaban a los compañeros a la salida de la escuela. Lo difícil es que hoy en día, los hechos son cada vez más

peligrosos. Los muchachos van armados al colegio, algunos se convierten en amenazas para los compañeros y para sus maestros; el clima de la escuela es angustioso e inseguro, está dominado por las relaciones violentas.

En cierto grupo de estudiantes de séptimo grado se realizó una dinámica que partía del conocimiento de nuestros nombres para llegar a pensar en la cualidad más sobresaliente de cada uno. Con alguna dificultad y después de algunas cavilaciones se empezaron a dar respuestas como: *“Soy inteligente, amable, compañerista, alegre, chistoso, comprensivo, sensible”*. Pero, de pronto, surgió una respuesta que desconcertó a todo el grupo por la seriedad y convicción con que fue emitida: *“Soy de mal genio”*. Lo inaudito de la respuesta hizo que se generara una discusión sobre el mal genio. ¿Por qué Ricardo, de 14 años consideraba esa su mejor cualidad? Su respuesta fue firme: *“Porque así me respetan. Cuando uno es de mal genio, a uno le tienen respeto, le hacen caso y uno puede mandar y hacer que los demás no se la monten. Mi papá tiene mal genio y a él todos le obedecen y en cambio mi mamá es toda buenecita y claro, mis hermanos y mi papá se la dedican.”*

El fenómeno del matoneo entre nosotros no ha sido estudiado lo suficiente, los trabajos realizados por Luis Rodríguez de la Sierra, Psicoanalista colombiano residente en Londres muestran que el fenómeno es cada vez más frecuente. Este estudio contiene una descripción de la situación, el comportamiento y las consecuencias sobre el comportamiento de niños cuyas relaciones con sus compañeros están basadas en el ejercicio de la violencia y el maltrato.

La violencia ejercida entre pares se manifiesta por el abuso del más fuerte hacia el más débil. Por supuesto que el fuerte no lo es sólo en el sentido de la fortaleza física, sino sobre todo por el placer que el fuerte siente sometiendo a quien considera más débil, al *“bola”*. El *“matoneo”* implica agresión, muchos de los matones adoran sus actividades agresivas, hacen alarde de ellas y casi todos, de manera consciente o no, obtienen satisfacción en ello. Y sobre

todo, logran ganancias y esto es lo que hace orgulloso a Ricardo cuando dice que su mejor cualidad es el “*mal genio*”.



Después del trabajo con el grupo de estudiantes, pregunté a la orientadora cómo actuaba este muchacho en su clase y le pedí que me informara algo más de su historia. La maestra, que antes había sido su profesora y llevaba ya tres años como orientadora, conocía adecuadamente la trayectoria del muchacho en la institución. En los primeros años, había sido un muchacho malcriado. La profesora lo calificaba como agresivo, grosero y con poca capacidad para establecer relaciones. Sus padres habían sido citados varias veces porque decía groserías, golpeaba a los compañeros y asustaba a las niñas cada vez que podía. La madre era una mujer sumisa y asustada. Al contrario, el padre era un hombre fuerte y rudo que al sentirse culpado por el comportamiento del niño prefirió no volver a las reuniones. El muchacho había fortalecido su forma de relacionarse, se había convertido poco a poco el “*duro*” de la clase, aquel a quien todos trataban de complacer, a quien le celebraban las bromas y tomaduras de pelo, dirigidas hacia todos aquellos que desde su punto de vista parecían débiles. A los muchachos les exigía prestarle las tareas, a otros no les permitía entrar al campo de basquet, tomaba parte de muchas actividades pero generaba temor a compañeros y compañeras. Sin embargo era el líder que resolvía —de forma “*secreta*” pero conocida— cuándo había que darle su merecido a un compañero en el parque cercano, donde, con sus amigos cumplía el encargo de golpear sin dejar huellas.

Por otra parte, Ricardo tenía tres hermanas. Su padre lo había encargado de cuidarlas, de hacerlas respetar. Así que cuando salían del colegio las esperaba para regañarlas e impedir que se quedaran conversando. El hombre, que ejercía una influencia muy marcada sobre él, se vanagloriaba de lo macho “*que le salió el chino*”.

Algunos compañeros le tenían miedo y no se metían con él, otros, por lo mismo, eran sus fieles seguidores. Los profesores se hacían "*los de la vista gorda*" porque era mejor tenerlo de su lado.

Este y otros casos nos hacen pensar respecto a la vida cotidiana en las escuelas. En casi todos los cursos existen casos como este, unos más latentes que otros y muchos de ellos llevan a la iniciación de las pandillas.

Este problema requiere más trabajo, más investigación y seguramente propuestas de intervención que puedan ser aplicadas en el mismo espacio escolar comprometiendo no sólo al niño que ejerce violencia sobre otros, sino a la familia y a toda la escuela. Michael Marland (3) plantea que "*el matoneo*" puede haberse aprendido de manera involuntaria al igual que ser decente, sensible o tener empatía hacia determinadas cosas o personas.

Con frecuencia, los matones en el bachillerato fueron niños o niñas con historias plenas de dificultades en el preescolar y en la primaria; provenientes de familias violentas o en crisis, con padres ausentes o crueles y con madres débiles y sumisas, víctimas a su vez de la violencia ejercida por el marido. Se reconoce el "*matoneo*" cuando el grande y fuerte le pega a otro más pequeño o débil, vulnerable.

Para Clifford Yorke (4) el matoneo implica agresión. El desarrollo personal es en gran parte la lucha para controlar los "*impulsos de agresión*" desde adentro y orientarlos progresivamente hacia fines adaptativos. El niño pequeño que se siente débil, puede imaginarse a sí mismo como un personaje fuerte, de los que abundan en la televisión, capaz de actos grandiosos realizados por medio de la fuerza; sobre todo, si se siente dolorosamente débil en relación a un padre poderoso, puede descargar sus ansiedades y realizar sus ambiciones, jugando.

Las personas que no son realmente violentas desahogan su agresión de diferentes maneras: deporte competitivo, a través de

la lectura, haciendo o viendo teatro, televisión y cine que son formas de gran valor adaptativo. Bajo condiciones grupales los individuos se comportan de forma diferente a como lo hacen independientemente *“aparecen las inhibiciones, se descargan los conflictos, el narcisismo se intensifica a expensas del objeto, el super yo se deja de lado y dentro de esto, el poder de una idea apasiona, domina y determina el comportamiento del grupo”*(5).

Estas ideas son importantes para entender la violencia de la masa, la opresión grupal, en la que los más vulnerables se convierten en objetos de la ira, donde se presenta una lógica según la cual es legítimo golpear al que está caído, por tonto. Ricardo cuenta que su padre le prohibía llorar y cuando irremediamente lo hacía, le daba coscorrones y repetía la frase: *“tome para que llore por algo y no sea nena”*. *“Ahora ya no lloro por nada”*, dice el niño. Es evidente que *“masculinizamos”* a los varones desde muy temprana edad.

La investigación realizada por Carol Jackiln (1974) muestra que las profesoras de niñas nunca le hablarían a una que estuviera más allá del alcance de sus brazos, pero que en cambio sí le gritarían a un niño situado al otro lado del salón. A lo anterior se agrega el papel que el secreto y la complicidad ejercen; si un chico o una chica informa que otro mayor le quitó la merienda o le desocupó la maleta en la calle, el profesor puede decirle al mayor *“te vieron en la calle haciendo...”* Esto le dará al muchacho más pequeño la oportunidad de que el grande escape del asunto. En cambio al pequeño, el profesor le dirá que tenga más cuidado, que no salga solo y que cuide sus cosas. Cuando los padres se quejan, las cosas pueden ser peores, el rector habla con el profesor, éste con el agresor y la situación de la víctima se agrava. Se podría pensar que vivimos una epidemia de *“matonería”*. Pero ésta siempre ha existido, no se da sólo en la escuela, existe en los hogares, en las instituciones, en las oficinas. La vemos en la literatura, el cine y desde luego en la televisión. Algunos hemos sido testigos, otros víctimas, otros

victimarios. Es más aparente en las escuelas masculinas, pero no es un problema sólo de los muchachos. De hecho un grupo de muchachas adolescentes en Bogotá, de un colegio Distrital, comentaba que se divertían enormemente cuando llamaban a sus compañeras para amedrentarlas y amenazarlas, únicamente por el placer de verlas con miedo.

### **¿Qué hacer para mejorar el problema ?**

Creo que la escuela debe preocuparse por plantear un plan integral para mediar las relaciones. La construcción del Manual de Convivencia con la participación real de todos los que forman la Comunidad Educativa, en el que, el lenguaje de las relaciones sea parte fundamental del mismo y donde la construcción de la norma pueda ser interiorizada porque le pertenece a cada uno. La presencia y apoyo de y a los padres es muy importante.

El entorno, el espacio y las artes tienen mucho que ver con la construcción de un espacio amable que promueva la convivencia, el desarrollo de la empatía y de la sensibilidad. Un colegio donde no se aprecia la belleza ni la naturaleza no puede enseñar relaciones interpersonales. Por ejemplo cuando se trabaja con la danza es posible que no se detenga automáticamente el matoneo, pero el movimiento enseña a respetar y valorar el propio cuerpo y a lograr el control de éste.

Muchos niños no tienen la oportunidad de ser escuchados y el lenguaje que se emplea para dirigirse a ellos tanto en la escuela como en la familia está cargado de reproches y descalificación. El enseñar y aplicar el uso de un lenguaje amable, respetuoso, que valore al otro, en el que se busque lo positivo de cada situación, enfocado en el reconocimiento del otro; permite que el clima de las relaciones mejore. No hay palabras malas, sin embargo se usan en el contexto equivocado, no sólo se utilizan términos ofensivos, además se maltrata a la palabra y su valor.

Existe una correlación entre el castigo físico en la casa y el comportamiento de los niños, entre más son golpeados peor se portan; si los maestros gritan, los niños lo hacen más. Por otra parte, la instrucción para que se porten bien es repetitiva, pero la actitud y la manera como se dice, es ofensiva. Los niños se fijan mucho en la forma como los profesores se relacionan con sus colegas y con otros adultos; se puede ser firme sin necesidad de maltratar; pero, si los profesores maltratan, entonces no es sorprendente que desde muy pequeños los niños también lo hagan.

El ambiente enseña. Un ambiente duro, rígido enseña a un niño duro a serlo aún más; las paredes deberían contener no sólo trabajos de los alumnos sino espacios para admirar y conocer el arte. Nuestras escuelas están deterioradas, no promueven el buen trato; por ello, necesitamos reconstruir el espacio físico de la escuela para reconstruir el espacio amable interior para los maestros y los niños.

Las relaciones interpersonales deben tener calor humano y acercarnos. Debe haber más sonrisas que enojos, más alabanzas que críticas, menos quejas y más motivaciones. Más solución de las dificultades sin amenazas. El matón es alguien que carece de autoestima y ésta puede ser enseñada, no sólo encontrada, con ayuda se puede recuperar su confianza básica y establecer el "*locus de control*" interno en sus relaciones interpersonales.

Muchos niños no tienen con quién hablar, quién los escuche ni quién les brinde una sonrisa. Hay que ayudar a los niños y niñas a premeditar las consecuencias de sus comportamientos. Disminuir el maltrato no es como poner una alarma para ladrones afuera de la casa. El asunto es estar centrado en el interior de cada uno y en las formas amables que nos permitan aprender con éxito a través de placer.